

## PRÓLOGO

El feminismo logró desestabilizar los sentidos de la práctica del aborto voluntario que se cristalizan, de maneras diversas, en las principales regulaciones restrictivas sobre sus prácticas. Así, sus argumentos fueron una cuña en los discursos religiosos, legales o científicos que impregnaban –y saturaban– al aborto reduciéndolo a un entramado compuesto por pecado, delito y enfermedad. De esta manera, puso en circulación –en las calles, en los medios de comunicación, en las universidades y en los parlamentos, entre otros espacios– una construcción del aborto distinta que comenzó a ocupar un lugar protagónico en la política sexual contemporánea.

Latinoamérica no es una excepción a lo dicho anteriormente, ya que el activismo feminista ha logrado impactar en diferentes esferas ampliando la legitimidad del aborto más allá de las normas jurídicas que, en general, aún se resisten. Ello se evidencia en las encuestas ciudadanas, en el apoyo creciente de distintos sectores políticos o, incluso, en las modificaciones del sistema legal en algunos países de la región. También se han dado importantes cambios en las prácticas. Si bien el aborto ha sido históricamente utilizado para regular la reproducción, el activismo feminista ha resignificado las prácticas a través de los colectivos de mujeres que acompañan, asesoran e informan. Líneas telefónicas, sitios en la web o encuentros personales operan como vehículos para revertir el secreto o la vergüenza que suelen acompañar la construcción de sentidos sobre las prácticas abortivas.

Esta lucha por los sentidos ha implicado, entre otros aspectos, confrontar una maquinaria religioso-política que, lejos de replegarse, extremó su ejercicio de poder y sofisticó sus formas de influencia. En la búsqueda por legitimar una práctica histórica, criticar las normas culturales y morales o modificar el

sistema legal, el feminismo ha generado la reacción de un complejo entramado de líderes religiosos, políticos y sociales que consideran al aborto como una frontera infranqueable. A pesar de ser una legislación altamente ineficiente en América Latina, ya que los abortos se producen incluso en mayor número que con legislaciones menos restrictivas, se han diversificado y fortalecido los sectores que se oponen a modificar la regulación restrictiva sobre el aborto. Mixturando discursos religiosos y científicos, manifestaciones públicas y *lobbies* privados, canales democráticos y presiones extorsivas, la maquinaria religioso-política impacta en forma compleja sobre la política sexual contemporánea constituyendo la ilegalización del aborto en una demanda prioritaria. Redefinir los marcos de inteligibilidad del aborto resultó ser mucho más radical de lo esperado por muchas y muchos. El terreno de las significaciones, los modos de representar cuerpos y subjetividades en torno a esta práctica se han convertido en un vector central de las disputas políticas contemporáneas.

*Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* aparece, entonces, en el momento preciso ya que representa, entre otros, un aporte invaluable para comprender a quienes están involucrados en esta lucha, también los discursos y estrategias que han permitido la irrupción de nuevos sentidos sobre el aborto. Frente a la complejidad actual en las políticas del aborto, el libro construye una genealogía del activismo feminista y su lucha por el aborto que, combinando distintos registros, se vuelve necesario para reflexionar sobre el camino recorrido. Volver a mirar la producción de sentidos del feminismo a los largo de las últimas décadas es importante no sólo para re-pensar dónde estamos sino también para re-imaginar alternativas.

Este libro escapa, por suerte, a las tipificaciones disciplinarias y por ende resiste una lectura convencional. A la vez presenta una profunda y rigurosa

cartografía de las luchas feministas por el aborto relevante para activistas, académicas y académicos y personas interesadas en la temática. Es un libro polifónico, en el que Mabel Bellucci conjuga su propia voz con las de distintas interlocutoras en entrevistas y conversatorios, así como con la bibliografía específica y las producciones colectivas anónimas que van produciendo miradas diversas y complejas sobre el activismo feminista y el aborto. Este prólogo se suma, entonces, a esta comunidad de voces y miradas. Además de presentar, brevemente, el contenido de la publicación, pretendo identificar algunas tensiones y desafíos que el libro permite iluminar a lo largo de sus páginas.

### **Una cartografía**

El recorrido de Bellucci reconstruye, mixtura niveles y dimensiones diferentes. El trabajo comienza retratando al feminismo internacional como un antecedente relevante y complejo para comprender la política del cuerpo y, por consiguiente, del aborto. Así, la primera parte del libro nos acerca al entramado de producciones teóricas, estrategias judiciales y acciones políticas acontecidas en las principales ciudades de Estados Unidos y de Europa durante los años sesenta y setenta. Estas páginas combinan referencias a las principales obras teóricas que montaron el Feminismo de la Segunda Ola, junto con las organizaciones y estrategias –algunas ya míticas– generadas por el activismo de una intensa radicalidad. Libros y estrategias que continúan siendo relevantes para confrontar los sentidos del aborto enquistados en culturas y legislaciones represivas. El relevamiento internacional también le permite a la autora comenzar a delinear al aborto como “la historia de una desobediencia”, por la cual las mujeres profundizan la fractura con la

reproducción compulsiva en tanto mandato de la heterosexualidad como régimen político.

Este enmarque internacional da lugar al objetivo principal del libro: ofrecer una cartografía del feminismo en la Argentina entre los años 60 hasta los desarrollos actuales. El trabajo ofrece un análisis de los distintos contextos políticos e identifica los principales desafíos y posibilidades de la lucha por el aborto. Así, a lo largo de las páginas, se proponen distintas facetas del activismo feminista. Entre esas facetas, el complejo rol de las mujeres dentro de las organizaciones revolucionarias de esas décadas, caracterizadas por un fuerte disciplinamiento de las costumbres, a lo cual se le han sumado la experiencia de la dictadura militar que provocó la devastación de los movimientos sociales pero también la resistencia a través de grupos de estudios y de la politización de la vida privada; la reactivación del activismo en los últimos años de la dictadura y su fortalecimiento durante la transición y consolidación democráticas; las reacciones feministas ante el impacto del neoliberalismo de los años 90; la revuelta de 2001 con sus consecuencias más inmediatas, en particular, la creación de la “Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito” como un *continuum* de las batallas emprendidas a partir de 1988 con la creación de la “Comisión por el Derecho al Aborto”, en manos de la histórica luchadora Dora Coledesky.

Este recorrido se estructura con el entramado de las historias personales y de las organizaciones, con los testimonios y las producciones teóricas, de campañas callejeras o encuentros clandestinos, que han permitido la circulación de diversos sentidos feministas sobre el aborto.

Este libro es tanto reconocimiento, crítica como desafío para el feminismo. Y es, sin duda, un reconocimiento a las mujeres y también a los colectivos de varones y de personas trans que han hecho del feminismo uno de

los movimientos sociales más relevantes en la vida política y académica contemporánea. Brinda un análisis comprensivo de diferentes momentos del feminismo internacional y nacional, mientras marca los principales hitos y también tensiones en la lucha por el aborto. El libro es, al igual que su autora, erudito en información, en indagación teórica y empírica y se resiste a ser encasillado. No pretende agotar la historia que retrata (no sería posible), sino que se propone hilvanar las décadas de activismo feminista en un valioso trabajo integrador. Para aquellos que investigamos desde la teoría feminista esta obra visibiliza una historia, una genealogía del movimiento feminista que se vuelve indispensable para comprender la política sexual contemporánea. Para aquellos que nos movilizamos por legitimar el aborto, el libro nos recuerda que el activismo feminista ha sido conformado por desobediencias que buscan desmontar un orden sexual opresivo. No se regodea en el pasado, no lo trae ni como pieza de museo ni como pura nostalgia, sino que lo vuelve interrogante sobre el sujeto político del feminismo que estamos construyendo hoy. Genera, en todo caso, una melancolía politizada que considera al aborto como un momento para pensar horizontes normativos más radicales respecto a la sexualidad.

Bellucci traza el itinerario principal pero el texto inscribe, de formas diversas, una polifonía de voces. Por un lado, se entremezclan y potencian distintos registros: la investigadora, la activista feminista *queer* y también la protagonista del relato que reconstruye. Así, su texto mixtura lecturas teóricas, materiales específicos del activismo (volantes, documentos, archivos), investigaciones empíricas, entrevistas con las principales protagonistas y su patrimonio como “testigas”. Una voz situada en el propio relato que construye. Por otro lado, suma a otras autoras, pronunciaciones en su mayoría descentradas de la ciudad de Buenos Aires. Un conversatorio con Alejandra

Ciriza que propone un diálogo complejo y profundo sobre feminismo y lucha por el aborto en y desde Mendoza. Un texto, “La gesta del aborto propio”, escrito por Belén Grosso, María Trpin, Ruth Zurbriggen, de la colectiva feminista de La Revuelta, de Neuquén, sobre la valiosa experiencia que vienen desarrollando desde 2009 en *Socorro Rosa*, un servicio de información y acompañamiento de abortos mediante el uso del misoprostol. Otro conversatorio con Martha Rosenberg, una voz crucial del feminismo, que deja ver la heterogeneidad y las tensiones que caracterizan a la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Finalmente, un bello escrito desde Rafaela, Santa Fe, por Dahiana Belfiori quien se identifica como una de las “hijas revoltosas e insurrectas” de la cartografía propuesta. En suma, es éste un libro que desafía al feminismo ya que presenta un texto disconforme que se ofrece a distintas lecturas y apropiaciones. La cartografía propuesta nos interpela desde diferentes lugares, abriendo interrogantes y planteos relevantes para la política del aborto. En particular quiero marcar dos contribuciones importantes que se desprenden del libro: la forma en que tensiona los bordes del feminismo como movimiento y los desafíos que la cartografía implica para las luchas contemporáneas por el aborto.

### **Tensionando bordes**

Un riesgo de las periodizaciones del feminismo es poner en circulación categorías allí donde hay porosidad, impregnación y continuidad. El escrito de Mabel Bellucci resiste las periodizaciones innecesarias y los rótulos simplificadores. *Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* se concentra en ciertas etapas o momentos de esa lucha pero lo hace desde su heterogeneidad constitutiva y, por momentos, desde las tensiones no resueltas hacia el interior del movimiento. Las biografías, las referencias históricas, las

producciones activistas, académicas o las estrategias políticas, entre otros aspectos que se analizan, van tejiendo al feminismo como un constructo complejo, con fronteras borrosas y móviles. Uno de sus aportes es tensionar los bordes del feminismo ya que al hacer legibles las luchas por el aborto la autora también permite entender un feminismo dinámico y en conflicto.

En este sentido, uno de los bordes que el libro complejiza es la influencia internacional en el momento de caracterizar al feminismo argentino. En particular, destaco el concepto de “viajeras militantes”, que sirve como bisagra para evidenciar la presencia del feminismo internacional en los debates y desarrollos del movimiento en la Argentina. Mujeres que con sus desplazamientos geográficos permitieron, durante los años 60 y 70, fortalecer un flujo informativo determinante en la construcción de una agenda favorable al aborto. Estas viajeras traían escritos inéditos para la Argentina, los traducían y, en algunos casos, lograban publicarlos gracias a editoriales amigas. Sin desconocer su carácter elitista, estos viajes fueron centrales en la llegada y difusión de trabajos teóricos que impactaron notablemente en el activismo favorable al aborto. Gran parte de las consignas y posicionamientos que aún caracterizan los sentidos feministas del aborto circularon durante esos años por el accionar de estas *viajeras militantes*.

Otra dimensión que este libro incluye es la cambiante relación del feminismo con los movimientos y partidos de izquierda. La articulación entre las demandas feministas, en particular la del aborto, con la izquierda en la Argentina, ha sido un proceso complejo y no siempre resuelto. En las décadas de 1960 y 1970, ciertos sectores de izquierda vieron en el movimiento feminista un riesgo burgués, un orden de demandas no necesariamente compatibles con la lucha social que tenía a la clase como sujeto histórico. A lo que se agrega que, en algunos casos y como señala el texto, los “códigos de

moral revolucionaria” implicaban una normatividad antagónica con el proyecto feminista. Sin embargo, estos bordes se han ido, al menos parcialmente, desmontando. La presencia de los feminismos en distintas luchas sociales y sindicales así como la demanda por el aborto desde grupos y partidos de izquierda son ejemplos de la forma en que estos sectores articulan, no sin tensiones y conflictos, sus posicionamientos políticos.

Otro borde que Bellucci devela en su artificialidad es el existente entre el movimiento feminista y el movimiento LGBTT. A pesar de sus distintos solapamientos, en la política y en la teoría existe la tendencia a enfatizar sus diferencias. La cartografía, sin embargo, muestra cómo las demarcaciones entre estos movimientos siempre fueron porosas o incluso inexistentes. *Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* considera los entrecruzamientos entre las personas y las agendas del activismo feminista y el “homosexual”, particularmente en la temática del aborto. Así, por ejemplo, la creación del Grupo de Política Sexual a principios de la década de 1970, integrado por feministas y miembros del Frente de Liberación Homosexual, posibilitó, según la autora, el “primer frente entre homosexuales, feministas y militantes de izquierda que se haya dado en nuestro país entre colectivos periféricos con un fin político preciso y puntual”. Estos cruces también se despliegan en la actualidad ya que el activismo *queer* integra la lucha por el aborto dentro de sus distintas agendas. Incluso uno de los sentidos del aborto que orienta al libro es considerarlo un acto de desobediencia a la heterosexualidad compulsiva y a su mandato reproductivo.

La cartografía presentada también permite desestabilizar la dicotomización entre activismo y academia. Si bien cierta tradición feminista busca desmontar esta distinción, existe en algunos sectores una tendencia a fortalecer este binarismo. Particularmente en los últimos años, el impacto del



feminismo en las universidades y su institucionalización en programas de investigación o de enseñanza relacionada con los estudios de género corre el riesgo de cimentar la diferenciación con el activismo. Sin embargo, este libro nos expone a la porosidad y ficcionalidad de las fronteras entre el activismo y la academia en la historia, la teoría y la práctica feministas. El profundo relevamiento que el libro hace de escritos, traducciones y notas en diferentes medios de comunicación de masas, en gran medida codificadores y potenciadores del feminismo, así como de los primeros grupos de reflexión o los centros y programas de investigación trasponen esa dicotomía. A ello se agrega que las prácticas del aborto son también consideradas como momentos de generación y acumulación de conocimiento tanto técnico, político como retórico.

### **Desafiando la política sexual**

Finalmente, el libro nos interpela para reconsiderar la política contemporánea del aborto, en particular la compleja situación de su ilegalidad. Siguiendo diferentes estrategias, el feminismo ha buscado impactar en el sistema legal como una forma de generar un cambio socio-cultural respecto al aborto y sus prácticas. La Argentina no es la excepción ya que se han ido incrementando los esfuerzos por influir en algunos organismos del Estado y de este modo ampliar la legalidad del aborto, Sin embargo, como lo afirma Ciriza en el conversatorio, “la demanda de legalización nos coloca en un terreno sobre el cual nuestra posibilidad de incidencia efectiva ha sido hasta ahora escasa, cuando no frustrante”. Es una frase difícil pero necesaria para este momento en que se han dado cambios importantes en la forma de regular la sexualidad y la reproducción mientras se sigue resistiendo la legalización del aborto. Sin desconocer la importancia del derecho como arena y vehículo para

la lucha por los sentidos del aborto, es también preciso preguntarnos acerca de los desafíos y limitaciones de una agenda feminista montada sobre la reforma del sistema legal.

Como contracara de las políticas de influencia dirigidas al Estado, *Historia de una desobediencia. Aborto y Feminismo* visibiliza otro tipo de activismo que, a veces, queda velado en las políticas del aborto. Si bien la cara más visible del feminismo politiza al derecho como el espacio de sujeción de los cuerpos y como terreno privilegiado para activar los cambios necesarios, existe un feminismo que politiza un lugar encubierto aunque cotidiano. Un activismo que se focaliza en las prácticas concretas, en la interrupción del embarazo como un momento de resistencia, de desobediencia, desde el cual se reconfiguran los sentidos del aborto. Además de (o junto a) las estrategias de influencia sobre el Estado, a lo largo de las décadas el feminismo se ha movilizado para desmontar la construcción de sentidos que encierran al aborto en el ámbito privado, en el afuera de la política. De distintas formas y en diferentes contextos, las campañas testimoniales del “Yo aborté” reconfiguran al aborto, que pasaría del secreto a la voz pública. Caras conocidas o anónimas cuestionan el estigma y la invisibilidad que suele envolver la decisión de abortar y hablan de sus experiencias desde lugares diversos. Este libro también destaca las formas del activismo feminista que buscan facilitar el acceso (material y simbólico) al aborto en contextos represivos. Allí donde prima un régimen restrictivo, también existen mujeres organizadas que acompañan y facilitan la implementación de las decisiones personales en hechos políticos colectivos por fuera del orden legal.

Esta politización desde las prácticas abre una nueva temporalidad cuando se considera el creciente uso del misoprostol. Sin desconocer los problemas de accesibilidad por razones económicas y las consecuencias en la Salud Pública

debido a la ilegalidad, el aborto medicamentoso potencia el poder y autonomía de las mujeres sobre sus cuerpos reconfigurando los sentidos desde las prácticas. Como lo indica su título, encarnan actos de desobediencia ya que implican el cotidiano, constante y consciente incumplimiento con el derecho formal, positivizado desde el Estado. Estos actos de desobediencia no sólo desafían las reglas formalizadas por el Estado sino que también generan un entramado normativo alternativo. No sólo son actos de resistencia a la ilegalidad sino también momentos de construcción de una ética y de un derecho alternativo o, como lo afirma, Martha Rosenberg en su entrevista, “la práctica crea un espacio de derecho”.

Si nos alejamos de las miradas formalistas del Derecho (aquellas que lo consideran sólo en tanto proviene normatizado desde el Estado), estas nuevas prácticas también producen normas. Mientras el derecho positivo, estatal, ilegaliza, el derecho “insurgente” o “emancipatorio” que se construye desde las prácticas genera un contradiscurso a favor de la legalización. Una apropiación de la legalidad desde las mujeres que acompañan y las que abortan convencidas, en muchos casos, de su derecho a hacerlo, por su decisión emancipatoria. Allí donde una mujer interrumpe un embarazo se condensa un entramado de emociones y experiencias tan divergentes que escapan a cualquier tipo de caracterización; sin embargo el feminismo ha ido resignificando este momento como parte de su lucha y generando comunidades de acompañamiento y afecto entre hermanas, amigas y anónimas que revierten la clandestinidad y el secreto.

Así como las fábricas, hoteles o clínicas recuperadas luego de la revuelta de 2001 generaron un derecho alternativo, estos “cuerpos recuperados” de la reproducción compulsiva junto a las redes comunitarias que los sostienen van conformando un nuevo derecho, un “derecho vivo”. Un cuerpo no sujeto al

derecho formal que construye y hace circular una juridicidad alternativa, un derecho indisciplinado, desobediente, que inscribe posibilidad allí donde el Estado cercena libertades. Aunque la ilegalidad siga siendo el sentido que instituyen los Estados latinoamericanos, la “historia de una desobediencia” implica una creciente legalización desde abajo. No sólo las mujeres siguen abortando como un modo de insubordinarse, sino que cada vez más lo hacen convencidas de que es su derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

*Juan Marco Vaggione*  
*Córdoba, febrero de 2014*

## **Honor y gratitud: la Comisión por el Derecho al Aborto**

Si bien, a partir de los años ochenta en adelante en Buenos Aires, tanto los grupos Católicas por el Derecho a Decidir, Elegir o el Foro por los Derechos Reproductivos y Mujeres al Oeste exigen un reconocimiento por sus trayectorias feministas y el compromiso con la legalización del aborto, se impone de lejos la trascendencia del alcance que tuvo la Comisión por el Derecho al Aborto (CDA).

Hacia mitad de los años 80 y por una década, fue la colectiva de mujeres que reinstaló el debate del aborto voluntario como única premisa fundante y la sostuvo durante todo su recorrido hasta su disolución. A diferencia de la CDA, las otras agrupaciones presentaban una variedad de propuestas entre las cuales también incluían esta demanda. Todas ellas se convirtieron en compañeras de ruta de la lucha. Al mismo tiempo, esta agrupación sustentaba la polémica y la acción sin apartarse de su propósito central. Fue una voz que colocó el acento siempre en el mismo punto, sea dentro del feminismo como del movimiento de mujeres, es decir, repitió, insistió, machacó, reiteró hasta dejar grabado su propósito, sin vuelta atrás. Por si no queda claro: desde sus inicios, este grupo fusionó su denominación con su propio objetivo como un imperativo categórico, en momentos en que el aborto era aún un “no dicho”, un “sin nombre”, una zona franca, un agujero negro. Nunca tan preciso Pierre Bourdieu cuando planteó: “Nominar es un acto político”. Este pequeño reducto de instigadoras instituyó un feminismo en acto. Creció sin masividad pero se reservó como un germinal político, una latencia que no cesaría. En un entramado colectivo por la conquista del derecho al aborto, su fortaleza política provino de esa autoidentificación bien habida, bien empoderada. Lejos de toda sutileza, sin ánimos de ocultamiento alguno y con una directriz fija, la

CDA profundizó la comprensión del tema con un ímpetu potencial impuesto por la fuerza de los hechos.

Así, el aborto fue capitalizado mediante el impulso del *demos* que suponía aceptar la efectiva demanda. Este presente actual de forcejeos por arrancar al aborto de las garras de la ilegalidad no hubiese sido el mismo sin el apasionado activismo de contienda y la voluntad política desplegada por parte de esta agrupación autogestiva. Además, de ser financiada con el aporte de sus propias integrantes, contaba con la estrecha e incondicional colaboración de los y las amigas comprometidas con la causa y por el reconocimiento hacia la figura de Dora Coledesky, alma mater esta agrupación. Sin parpadear, se podría decir que se hermanaba con las tendencias del feminismo radical y con una izquierda crítica e independiente. Constituir dicho espacio fue fruto del entusiasmo derivado de una mesa sobre aborto, realizada en las VI Jornadas de ATEM-25 noviembre, bajo el nombre “Vida Cotidiana y hacer político de las Mujeres”, en noviembre de 1987. El panel lo integraban la bióloga Susana Sommer; la antropóloga Safina Newbery; la filósofa Laura Klein; la abogada feminista italiana Erica Dummontel y ella. Dora tuvo presente que: “Después de las exposiciones, alguien del público –creo que Marta Fontenla– preguntó qué debíamos hacer. Surgió entonces la idea de crear una agrupación para la lucha por el derecho al aborto”.

Todo quedó allí hasta que el 8 de Marzo del año siguiente, durante la manifestación en la Plaza de los Dos Congresos, se sumó empuñando su bandera con un rojo vivaz. La convocatoria para su constitución fue inmediata. Sin más, se reunieron Alicia Schejter, María José Rouco Pérez, integrantes de ATEM-25 de noviembre, Laura Bonaparte, referente de Madres de Plaza de Mayo- Línea Fundadora, la histórica feminista Safina Newbery,

Rosa Farías, enfermera del Hospital Muñiz, Susana Mayol, la abogada Carmen González y Nadine Osídala.

Asimismo, la CDA ensanchó sus filas al incorporar a varias médicas: Zulema Palma, Susana Mayol, Silvia Cópola y Alicia Cacopardo. Ahora bien: interesa detenerse en este grupo de médicas que, transcurridos uno años, constituirán sus propias redes y agrupaciones con una consistente presencia a lo largo del recorrido feminista en Buenos Aires. Es decir, que la CDA facultó tanto con su accionar como con la capacitación específica a especialistas de la salud que luego adquirieron un pujante protagonismo en nuevas experiencias relacionadas con las políticas del cuerpo. En realidad, sin proponérselo se convirtió en un espacio preparatorio de figuras feministas con proyección futura.

Por el tenor de sus integrantes se podría suponer que la influencia de aquellas que atravesaron exilios fue determinante para sostener el aborto como la única causa en el horizonte de esta agrupación. Razones no faltaban: Nadine, Cópola y Coledesky venían de Francia; Bonaparte de México. Esos conocimientos avivaron como ningún otro el legado de las campañas por el “Yo aborté”. Las cuatro sentaban posición por haber intervenido o bien por haber estado impregnadas del efervescente movimiento feminista internacional.

En realidad, acá no se armaron grupos de estudios sobre teoría feminista o de reflexión hacia adentro como era costumbre de la época sino básicamente se abocaron a abordar con profundidad los temas puntuales que las llevaba a estar en las calles. Apenas, constituido el grupo hacían reuniones donde podían y con bastantes rotaciones, en gran medida en casas particulares. Más adelante, fue en la Biblioteca anarquista José Ingenieros y después en la Casa

Cultural del Uruguay, en el local del Frente Amplio. Y así seguía la lista. En verdad, solían ser fugitivas de la norma, erráticas del imperio dominante.

Al hurgar en la memoria y en esos papeles tan viejos como los recuerdos, queda un atisbo pendiente que provoca cierta curiosidad. En esos momentos, todas las agrupaciones feministas y de mujeres que asaltaron lo público se definían como una asociación, otras un movimiento, otras como grupo, otras por ser un foro, una casa. No había tantas fórmulas más. En cambio, acá decidieron denominarse “Comisión”. ¿Quién utilizaba el concepto comisión? En realidad, ese destino era ajeno a las tradiciones feministas y familiar a los traqueteos obreros y sindicales. Siempre en el plano de aventurar hipótesis, de todas las integrantes Dora Coledesky era la única que disponía de un *curriculum vitae*: no solo como militante fabril sino también como obrera en su juventud y en el exilio. Seguramente, imperó su trayectoria a la hora de definir el nombre de la agrupación. Aún queda más, ya que aparecen otros datos que no son para soslayar: este término no se acompaña con el término “mujer” ni tampoco con “feminista” pero sí con “aborto”, la palabra más ninguneada por el feminismo institucionalizado y académico hegemónico.

Como era su costumbre, en la Plaza de los Dos Congresos, la CDA colocaba una mesa con revistas propias y producciones ajenas también. A contra reloj, de 1990 a 1991, el tiempo no les alcanzaba para tantas metas a realizar. Ofrecían charlas en barrios carenciados; intervenían en jornadas organizadas por la Facultad de Medicina, el Colegio de Abogados, el Teatro IFT, el Foro Gandhi, el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el Hospital Muñiz, el Sindicato del Personal Civil de la Nación, los Comedores Infantiles y los Centros Culturales del Gran Buenos Aires, entre otros tantos espacios que recorrieron con su mochila al hombro. Sus integrantes participaban en los Encuentros Nacionales de Mujeres,



debatían en programas de radios comerciales como alternativas, escribían notas para periódicos y revistas de variado tipo y color, vendían sus publicaciones, recolectaban firmas de adhesión a su anteproyecto de ley, redactaban cartas a los políticos, hacían visitas a la hora del té para tomar contacto con las mujeres que integraban las filas partidarias. Hasta ese instante, se movían en barrios del Cordón Suburbano, en Córdoba, La Plata y la ciudad de Buenos Aires.

Las apreciaciones de sus integrantes se requerían como pan caliente en el desayuno. Tanto fue así que este grupo desplegó un activismo de talante en frentes diversos y simultáneos: hospitales, instituciones educativas secundarias y universitarias, parlamento, mesas redondas, seminarios, partidos políticos y sindicatos, entre otros tantos espacios. Evidentemente, sus componentes no detenían su ajetreo en un número importante de intervenciones públicas para promover y generar discusión y debate político en cuanto a su propuesta aglutinadora tanto hacia fuera como hacia dentro del movimiento feminista.

En esa época contaban con un soporte mediático casero, una radio abierta. A veces funcionaba en la puerta de la librería Liberarte y otras a la salida del Teatro General San Martín. Con un gran esfuerzo militante editaron, en 1989, *Nuevos aportes sobre el aborto*. Los primeros cuatro números fueron fotocopiados, y los cuatro restantes se hicieron en una hoja impresa. Mientras tanto, entre 1990 y 1997 se sumó *Prensarios*, una recopilación de artículos periodísticos específicos para ser vendidos especialmente en los Encuentros de Mujeres y en la esquina de Callao y Rivadavia. No había duda: en esos años la presencia de la CDA estaba asegurada en casi todas las jornadas tanto públicas como privadas referidas al aborto y los medios se cercioraban de que la palabra quedase avalada por la acción.

De las agrupaciones feministas abocadas a la lucha por el aborto legal, ésta fue la de mayor permanencia en la vida pública, y con un alto reconocimiento por parte de los organismos sociales y políticos. Efectivamente, durante casi dos décadas acompañó el surgimiento de nuevos colectivos de jóvenes que asomaban a la causa y también contribuyó con propuestas argumentativas que provocaron las condiciones fácticas para el contexto futuro. Era una organización que, por momentos, recurría a la acción directa. Algunas de sus prácticas rememoraban aquellas pintorescas modalidades de las sufragistas estadounidenses e inglesas de principios del siglo XX. Pese a ello, tampoco desconocían la labor de las investigadoras especializadas en el tema. La mayoría de las veces, con un megáfono en mano y una tarima repleta de publicaciones, se instalaban regularmente con pancartas en la esquina porteña de Callao y Rivadavia, formando codo en la confitería El Molino. Esa fue su parada dos lunes al mes, de 18 a 19:30 horas. En alta voz, con un alcance de cincuenta metros, hacían que la gente de paso se acercase para curiosear. Unas veces dialogaban y otras tantas discutían. Sus integrantes usaban chalecos con las consignas propias de la campaña. La permanencia continua les otorgaba el derecho de evaluar el grado de recepción en cuanto a la temática. Además, recogían enseñanzas de todas las personas que se acercaban a preguntar. También eran filmadas por canales de televisión o bien entrevistadas por emisoras radiales como si fuesen *damiselas en apuros*. Entre tanto, la figura de Coledesky adquirió un protagonismo cada vez más intenso por sus numerosas intervenciones públicas y por su creciente inserción en el movimiento de mujeres.

En verdad, la Comisión expresó desde su nombre una voluntad de instalarse en el mismo registro de un feminismo que en Latinoamérica, como en Estados Unidos y en Europa, reivindicó sin eufemismos el aborto, como un

derecho de las mujeres. Este camino abierto solo por momentos recibió el apoyo del movimiento feminista aunque, en un proceso lento y permanente se fue extendiendo por el país para luego recibir la creciente adhesión de miles de mujeres en los Encuentros Nacionales de Mujeres desde 1988 hasta 2003.

Como no podía ser de otra manera, su nombre y el de sus compañeras de ruta y de lucha quedaron asociadas al fragor de la contienda.

Pese a los deseos de Dora Coledesky, el alma mater de la agrupación, de rehusarse a los recordatorios que siempre se le quisieron hacer en vida, se relata, a modo de genealogía, una tramo de la extensa trayectoria de la CDA, su *opus magnum* activista. Ella contaba: “No queremos hacer una historia de la Comisión, ni enfatizar la importancia de su creación. Solamente queremos resaltar la decisión de un grupo de mujeres que se animaron a levantar la voz para tocar un tema tabú, que, aunque rodeado de la más grande hipocresía, forma parte intrínseca de la vida de las mujeres” María José Rouco Pérez, en su trabajo “El derecho al aborto: iniciando la lucha”<sup>1</sup>, también aportó datos sobre los orígenes de esta colectiva: “Formábamos comisiones de trabajo para impulsar una polémica que tomara estado público. Analizábamos la legislación vigente en nuestro país y hacíamos derecho comparado”. Por ejemplo, Silvina Ramos recuerda que apenas publicados sus textos, en 1987, quienes se acercaron al CEDES para discutir y abrir diálogo fueron Zulema Palma y Dora Coledesky, por separado. En *Reflexiones sobre la lucha por el derecho al aborto*, Magui Bellotti enlaza este hecho con la presencia en ese mismo evento “de un grupo de cincuenta mujeres con un cartel que decía ‘Cuadernos de Existencia Lesbiana’”.<sup>2</sup> Un dato para no perder de vista:

---

<sup>1</sup> María José Rouco Pérez, “El derecho al aborto: iniciando la lucha”, Buenos Aires, *Brujas*, 1989, n° 15, p. 25.

<sup>2</sup> Magui Bellotti, “Reflexiones sobre la lucha por el derecho al aborto en Argentina”, Buenos Aires, *Brujas*, 1999, año 18, n° 26, p. 3.

durante años, en simultáneo, fueron ocultados de la exhibición pública tanto el aborto como el lesbianismo, de parte de las feministas institucionalizadas, y emergieron por igual en un mismo contexto y espacio político. En una entrevista, “La Vida en Verde”, en el Suplemento *Las 12*, del 30 de mayo de 2008, Dora contaba su experiencia en el exterior. Sin su trayectoria política en Francia, difícilmente se hubiese convertido en la inspiradora del movimiento abortista durante la primera etapa de la democracia: “En París se hacían reuniones de quinientas mujeres, en la universidad de Vincennes, por ejemplo. En una de ellas nos invitaron a las exiliadas para que contásemos lo que sucedía en nuestros países, luego surgió la idea de hacer un grupo de mujeres latinoamericanas que duró bastante tiempo”.<sup>3</sup>

Dora retornó de su exilio en Francia convertida en feminista, como tantas y tantas otras que atravesaron una transformación similar al dejar atrás la pasada militancia política y volver con la energía y el arrojo por pugnar por su propia subalternidad. Así, vino con un compromiso a cumplir: luchar por la despenalización del aborto en su país. A ella le costó un tiempo adaptarse a los vaivenes de la postdictadura, pero igual golpeó la puerta y entró.

---

<sup>3</sup> Moira Soto, *La Vida en Verde*, Suplemento *Las 12*, Buenos Aires, *Página/ 12*, 30 de mayo de 2008.